

CUENTOS PARA ENTRETENER EL ALMA



DOS PUENTES ENTRE TRES ISLAS

Fernando Olavarría Gabler

48



Atribución - NoComercial - SinDerivadas 2.0

Unless otherwise specified,
all content is made available
under the Creative Commons License.

Inscripción Registro de Propiedad Intelectual N° 37100. Chile.
© Fernando Olavarria Gabler.

CUENTOS PARA ENTRETENER EL ALMA

DOS PUENTES
ENTRE TRES ISLAS

Fernando Olavarría Gabler

Todo esto sucedió cuando mi joven amiga, la bruja Alvaricia, decidió no criar más sapos sino niños, y estando en un avanzado estado de gravidez tocó el timbre de mi casa con la intención de regalarme dos ranas africanas y además un magnífico acuario. Le agradecí emocionado por recordarme como un amante de los animales; luego ella se dirigió presurosa a la Maternidad.

En un principio no sabía cómo alimentar a mis distinguidos huéspedes pero descubrí que tenían una rara afición por los caracoles sin cáscara, así que me dediqué a machacar caracoles del jardín, hasta que un buen día, la rana más pequeña (probablemente el macho) tomó las de Villadiego. La otra rana, que era gorda y feliz, como la mayoría de las gordas -sean ranas o no- empezó a entristecerse y cada día se veía más flaca y mustia. Preocupado por este cambio emocional de mi ranita, decidí conseguir otra para que le hiciera compañía y heme ahí en esta sutil idea que forjó mi destino.

No encontré en el comercio de animales ni en tiendas de mascotas y bichos exóticos ninguna especie semejante y atormentado por mi carácter obsesivo recurrí a toda clase de artimañas para conseguirme el sapo ausente.

Un capitán de la Marina Mercante me dio el dato que esa especie de batracios los había visto en abundancia en las costas poco habitadas al sur del Continente, pero era muy difícil llegar a esas

rocosas costas porque la furia del mar en esas latitudes era muy grande. Él, con su larga experiencia marinera, casi había zozobrado en la lancha cuando habían anclado a la gira en su nave para ir a buscar agua dulce. Después de una riesgosa maniobra habían logrado varar en una pequeña playa formada por grandes cascajos y luego de internarse en esa agreste naturaleza habían encontrado unos hermosos manantiales donde, al parecer, el ser humano nunca había estado allí porque los animales eran dóciles y no temían al hombre. Era realmente maravilloso cómo yo me acercaba a ellos - comentaba el capitán- y podía acariciar a los ñandúes, a los zorros y guanacos. Tomé en brazos a un pudú que se dejó llevar dócilmente un buen trecho antes de soltarlo nuevamente. En uno de los riachuelos vi unos sapos de elegante nadar. Se alimentaban agarrando a sus presas con movimientos rapidísimos de sus patas anteriores. También me llamó la atención que podían nadar hacia atrás...

-No siga capitán- esa es la especie que ando buscando, ¿cuándo navegará por esas costas la próxima vez?

-Zarpo el próximo mes y no tendría inconveniente en llevarlo a ese litoral pero no me comprometo en desembarcarlo, usted tendría que solucionar ese problema a su manera.

Durante algunas semanas estuve pensando en el asunto y no encontraba una solución, pero una noche, desesperado por el

DOS PUENTES ENTRE TRES ISLAS

insomnio, pensé que podría llevar mi kayak y como era experto en este deporte, no tendría problemas en salvar todo tipo de obstáculos relacionados con un fuerte oleaje.

Un día de primavera partimos rumbo al Sur y después de varios días de navegación el buque ancló y esperó a la gira mi regreso.

El espíritu de aventura me acicateaba en forma enfermiza. Para mí, remar en un rugiente mar pleno de peligros, llegar a un lugar paradisíaco donde los animales se dejaban acariciar dócilmente y encontrar una rara especie de... ¡Ah! ¡Los sapos! Ya los había olvidado. Tal era el entusiasmo por el peligro y la adrenalina.

El oleaje era terrorífico. Gigantescas olas provenientes del Oeste avanzaban impulsadas por un fuerte viento y estallaban en las inmensas rocas; luego rebotaban y en su retroceso provocaba nuevas olas que se elevaban verticalmente. Simplemente había que ser suicida para atreverse a navegar en ese infierno, pero yo era joven y valiente y me lancé al ataque...

¡Qué intención más ridícula! Mi kayak bailó como una mosquita en un vendaval. No supe cuántas veces estuve bajo el agua y gracias a las maniobras muy bien realizadas, podía sacar mi cuerpo debajo del bote invertido y volver a respirar y remar vigorosamente. Los que tenemos experiencia en este tipo de deportes nos es fácil

revertir la posición adecuada cuando el kayak se vuelca quedando el remador sumergido, pero tantos vuelcos me estaban cansando. Tenía miedo que mis fuerzas se agotaran y ya no pudiera volver a la superficie. Decidí entonces volver al buque y girando en 360° remé desesperadamente de vuelta, pero entonces sucedió algo inesperado, una fuerte corriente de una ola de rebote me lanzó a gran velocidad sobrepasando el buque y luego un viento huracanado me llevó hacia el Oeste. Fue imposible girar mi frágil embarcación y lo poco que pude hacer fue ver de reojo cómo la imagen del buque se perdía de vista confundándose con la línea de la costa.

Me sentía fracasado en mis intentos, deprimido y además tremendamente fatigado, sin fuerzas ya para remar. Me acosaba un trágico pensamiento y éste era que estaba solo en el océano, sin recursos de supervivencia y sin posibilidad alguna de socorro. Desarmado ante estos hechos, me relajé, no tuve más tensas mis piernas dentro del kayak y puse las paletas del remo verticales para así avanzar con el viento por encima de las olas. El viento había amainado y la superficie del mar se suavizaba.

A lo lejos, en el horizonte, un sol crepuscular se hundía calmadamente lanzando oblicuamente sus rayos dorados a través de una densa cadena de negros nubarrones.

Me llamó la atención que el Sol, a pesar de estar aún alto, parte de él brillaba en la línea del horizonte, era un brillo extraño, blanco

DOS PUENTES ENTRE TRES ISLAS

como la luz de un diamante gigantesco que estuviera estático, suspendido en la inmensidad del océano.

El viento, ahora convertido en una acariciadora brisa, rizaba tenuemente la ondulante superficie de un mar ya calmado y mi kayak, a pesar de estar suavemente impulsado por la brisa, avanzaba silencioso y rápido debido a una fuerte corriente de travesía. El Sol se había escondido, sin embargo el diamante luminoso que había divisado en la lejanía no había desaparecido y se veía cada vez más cercano ¡y mi kayak se dirigía velozmente hacia él!

A medida que pasaba el tiempo me di cuenta de que esta extraña y misteriosa imagen correspondía a un archipiélago cuyas islas de superficie rocosa daban este extraño fulgor, porque sus rocas eran de un transparente cuarzo que reflejaban los últimos rayos del atardecer.

Esta grandiosa escena que tenía al frente me fascinó haciendo que el cansancio físico y la sensación de derrota pasaran al olvido. Tomé el remo y apuré el trayecto del kayak.

En total eran tres grandes islas y estaban unidas entre sí por dos gigantescos puentes en forma de arco, éstos estaban contruidos con las mismas rocas de cuarzo transparente que le daban un soberbio resplandor a todo el conjunto.

Me interné remando por entre dos islas y pasé debajo de uno de los altísimos puentes. Entonces, a varios cientos de metros delante

de mí, vi con asombro que otra canoa navegaba en la misma dirección que la mía y parecía huir de mi presencia.

Al disminuir la distancia entre las dos embarcaciones constaté que se trataba de un indígena que navegaba sobre una balsa hecha con cueros de lobo marino. Al divisarme apresuró su remar y cuando miró hacia atrás pude observar sus ojos desorbitados por el miedo o la ira.

El indígena llegó a una solitaria playa de tranquilas aguas y después de sacar la balsa del agua subió con rapidez por un sendero y desapareció de mi vista.

Atraqué sin dificultad el kayak en la playa de blanca y reluciente arena y decidí buscar al indígena para interrogarlo. Subí por el sendero y éste me llevó a un paraje casi carente de vegetación en lo alto de la isla. Corría ahora un viento frío y el cielo cubierto de negras nubes dejó caer una lluvia torrencial. A duras penas caminé por las empinadas y resbaladizas rocas a través de la copiosa lluvia, hasta que llegué a una cima inaccesible. Por suerte para mí divisé la entrada de una estrecha gruta y por la hendidura me introduje y caminé casi a tientas en la penumbra. A lo lejos divisé una luz, me dirigí hacia ella y grande fue mi sorpresa al constatar que la luz la producía una fogata que el indio había encendido. Estaba en cuclillas calentándose delante de las llamas. Al ver mi rostro amistoso se tranquilizó y me invitó a que me calentara frente al

DOS PUENTES ENTRE TRES ISLAS

fuego. Acepté la invitación y sacándome el traje de goma protector que utilizaba en el deporte del kayak, me senté cerca de él y establecí un importante diálogo que no olvidaré en toda mi vida.

Me contó que él era un chamán, el último sobreviviente de una numerosa población que había habitado en esa isla. Ésta había estado repartida territorialmente en numerosas tribus que vivían en armonía entre ellas. La juventud, al elegir pareja en los diferentes clanes, permitía que por la descendencia estuvieran todos emparentados y esto era motivo de una convivencia pacífica. “Pero no hace muchas lunas llegó de donde tú venías- de las montañas de donde sale el Sol- un chamán vestido entero de negro, y como signo de toqui o jefatura, colgaba en su pecho un cráneo pequeño que no era ni de un perro ni de un niño, porque los niños no tienen los dientes tan largos y afilados como lo tenía esa calavera.

Desde un principio desconfiamos de él y el chamán de la tribu más importante no le temió y le dijo que se fuera por el mismo camino del mar por donde había venido. Al día siguiente ese chamán amaneció muerto y el chamán negro, el de la calavera, lo suplantó. Días después la hija del jefe de la tribu se enfermó gravemente y el chamán negro, al consultar a sus espíritus, declaró que el causante de la enfermedad de la hija del cacique era un joven de otra tribu, que la pretendía y le estaba haciendo gran daño. Posteriormente, la hija del jefe de la tribu murió y el chamán negro ordenó que vengaran la

muerte, matando a los familiares del joven que habían provocado esta desgracia.

Llegaron los guerreros sorpresivamente y mataron a toda esa familia. Una de las esposas del jefe pudo huir por una puerta que había detrás de la choza y contó llorando y a grandes gritos lo que había sucedido. La familia emparentada con esa mujer no soportó tal atrocidad y juró vengarse. Al día siguiente todos los guerreros que habían matado a esa familia murieron asesinados y también sus esposas y sus hijos pequeños. Los parientes se vengaron asesinando a los malhechores y así podrás darte cuenta por qué esta isla está deshabitada y yo soy el único sobreviviente de esta horrible matanza. El chamán negro y yo éramos los únicos que merodeaban por las aldeas quemadas, aún humeantes, en ruinas y los cadáveres pudriéndose por todas partes.

Yo me escondí del chamán negro, dios del mal, y di un vuelco de alegría cuando un atardecer lo vi alejarse en su canoa rumbo a la tierra de las montañas donde sale el Sol.

Cuando te divisé desde lejos pensé que el dios del mal había regresado pero cuando te observé más de cerca me di cuenta de que no te parecías y ahora veo que tu traje negro es solamente un cuero para protegerte del agua y del frío.”

-Qué historia tan triste- le respondí. ¿Cómo no se dieron cuenta de que ese mal hechicero asesinó al chamán que se opuso a su

DOS PUENTES ENTRE TRES ISLAS

llegada y lo suplantó? Probablemente fue él el que envenenó a la hija del cacique e inventó toda esa historia para enardecer los ánimos y provocar una venganza que ha dejado desolada esta isla.

-Entiendo lo que tratas de decir- replicó el chamán -pero nosotros creemos en los espíritus del mal y ellos rondan alrededor nuestro y tratan de hacernos daño. No los vemos, pero ellos habitan en otros mundos que no nos está permitido ver con nuestros ojos. Solamente nos damos cuenta de que existen mediante el efecto de hierbas sagradas que nosotros los chamanes conocemos. Mediante ellas podemos viajar a esos mundos y comprender otras realidades que los hombres de la tribu ignoran.

-¿Tú manejas o sabes de esas hierbas sagradas?

El chamán respondió haciendo un gesto afirmativo con la cabeza.

Entonces yo le conté todo lo que me había pasado hasta llegar a la isla donde estábamos.

Esa tierra donde los animales son mansos, existe -me respondió- pero son animales sagrados que no se pueden cazar o comer. Hace mucho, pero mucho tiempo atrás, nuestro pueblo vino de allá. En aquella época nos alimentábamos de esos animales pero los dioses de la tierra se enojaron ante nuestro comportamiento y arrojaron fuego sobre nosotros que cayó del cielo.

Los pocos que sobrevivimos a ese horrendo castigo nos

embarcamos en nuestras canoas y llegamos a esta isla.

-Yo no tengo intenciones de matar a ningún animal en ese valle y me gustaría visitarlo- le expresé. ¿Podrías llevarme hacia allá?

-Leo tu pensamiento detrás de tu rostro- respondió el chamán. Lo que verdaderamente quieres, es salir de esta isla y llegar a tu tribu. Antes que te vayas, si lo deseas, te mostraré ese valle que tanto te interesa. Diciendo esto el indio sacó unas hierbas de un bolsón de cuero que portaba en su cintura y frotándolas con las palmas de sus manos formó un bolo, me lo ofreció y dijo que lo masticara.

Su sabor era agridulce, algo picante y esto estimulaba bastante la secreción de mi saliva. Después de tragar el jugo sentí una gran laxitud y no supe más de mí.

Me encontré volando sobre el mar, a gran altura y después flotaba sobre un extensísimo valle desértico. La visión era imponente, majestuosa. Al fondo, una cadena de montañas se perdía en la lejanía y este valle desértico era atravesado por ríos secos y anchos ventisqueros que se habían desplazado en tiempos pretéritos. Un volcán puntiagudo de color pardo violáceo lanzaba una lenta humareda vertical hacia el cielo, y luego, por el efecto de los vientos del Oeste, se desplazaba todo este humo gris hacia las lejanas montañas formando una gran franja horizontal que se perdía en el infinito.

Yo miraba perplejo y en silencio este escenario grandioso y

DOS PUENTES ENTRE TRES ISLAS

mis ojos vieron o me imaginé, legendarios monstruos antediluvianos que vagaban por aquellas soledades en busca de alimento.

Desperté sobresaltado. La fogata se había apagado y el chamán y mi traje negro protector habían desaparecido. Bajé corriendo hacia la playa en el justo momento en que el chamán regresaba en su balsa de lobo marino, vestido con mi traje deportivo y trayendo varios pescados.

-Fui a pescar para tener algo de comer esta noche- me dijo. Espero que el fuego no se haya apagado. Tu traje impide que uno se moje pero provoca mucho calor y me queda bastante largo.

Disfrutamos de una rica cena de pescado a las brasas, después de soplar sobre las cenizas y avivar el fuego.

Mientras comíamos en silencio, tuve sed y el chamán adivinando mi pensamiento sacó un jarro de greda de entre las piedras y me lo ofreció. Era un agua fresca y exquisita.

-¿La sacaste de una vertiente que hay por aquí cerca?- le pregunté.

-En esta isla no hay agua- me respondió. La única fuente de agua que hay en las tres islas es una cascada que cae desde lo alto en la Isla de los Espíritus, que es la vecina a la nuestra, pero no puedes ir en la balsa a buscar agua porque sus flancos son inaccesibles. Solamente puedes conseguirla caminando por el arco de luz que une a las dos islas.

-¿Por qué se llama la isla de los espíritus?- pregunté. ¿Acaso nadie vive allá?

-Dicen que esa isla estuvo habitada por seres humanos pero ellos se transformaron en espíritus y se fueron de ahí. De vez en cuando regresan a recordar a sus antepasados y les traen ofrendas de paz.

Al atardecer se escuchan sonos armónicos y pienso que son los espíritus que cantan antes de irse hacia el misterio de la noche.

-Me gustaría visitar esa isla- exclamé. ¿Tú me acompañarías a buscar agua?

-No es necesario- me respondió el chamán- tengo agua suficiente guardada para varias lunas pero si lo deseas puedo guiarte hasta donde comienza el arco de luz. Desde allí avanzarás y no podrás extraviarte. Si te encuentras con uno de esos espíritus, no tengas miedo, porque no te hará daño. Son espíritus bondadosos que sólo te desean el bien. Así lo he constatado.

Se hace tarde, la noche avanza. Duerme, que mañana tendrás muchas emociones. Diciendo esto el chamán se acurrucó como una momia y se quedó dormido; y yo también me dormí profundamente.

Al día siguiente nos encaminamos hacia la orilla sur de la isla. La mañana era alegre, plena de luz, sin una sola nube en el cielo. El Sol brillaba y hacía refulgir las rocas de cuarzo, hasta tal punto que me encandilaban y tenía que cubrirme los ojos con ambas manos en

ciertos momentos.

Llegamos a una costa que terminaba abruptamente en un precipicio en el mar. Allí estaba la base del inmenso puente en forma de arco que unía las dos islas. El espectáculo era grandioso. El puente resplandecía dando maravillosos destellos sobre el mar azul y al fondo la otra isla se enmarcaba en un telón de cielo celeste, puro, sin una nube, que invitaba a subir hacia él. Empecé la ascensión y a mitad de camino me di vuelta para despedirme del chamán con una señal de mi brazo pero éste no estaba allí. Había desaparecido.

Mientras subía, iba pensando en lo que me había dicho el chamán cuando nos dirigíamos a la base del puente. Te encontrarás con espíritus buenos que no te harán daño, porque así como hay espíritus malos también los hay buenos.

¿Pero crees tú -le respondí- que ese chamán negro, el de la calavera, era un espíritu y no un ser humano, ambicioso y cruel con asesinas pretensiones? Personalmente creo que era un hombre y no un espíritu.

-Da lo mismo- me contestó. Los espíritus a veces entran en los cuerpos de los seres humanos y manejan sus emociones y sus actos. Son las emociones de amor, bondad, odio; lo que tú quieras.

-Esos no son espíritus sino estados de ánimo- repliqué.

-Pero si el espíritu de esa persona no estuviera dentro de ella, la persona no transmitiría sus emociones. Estaría muerta- contestó el

chamán.

-Como una piedra- murmuré algo enojado.

-Te equivocas- me dijo el chamán. Las piedras, las flores, las serpientes, las montañas, tienen espíritu y te transmiten algo; sino lo tuvieran no te transmitirían nada...

Llegué a la cumbre del arco. Abajo, el mar casi inmóvil y sin ruido alguno me hacía sentir la gran altura en que me hallaba. Las dos islas en los extremos del gran arco se veían más pequeñas de lo que yo las había imaginado. Respiré profundamente el aire fresco y puro y sintiéndome reconfortado inicié el descenso. El cuarzo brillante y liso me causaba inseguridad por la posibilidad de perder el equilibrio, temía resbalar y caer velozmente como en un tobogán en una gigantesca pista de hielo, así que, con gran cuidado y lentamente, aferrándome a una de las barandas llegué al final del arco.

El descenso fue más prolongado y difícil que el ascenso. Llegué agotado pero sano y salvo a una superficie plana, tan extensa como una cancha de fútbol. Parecía estar hecha de cristal pulido, de gran grosor, ya que podía mirar a través de ella hasta varios metros de profundidad. Me pareció ver seres humanos inmóviles en el fondo de esta laguna solidificada.

Rodeaban a esta extensa superficie de cristal o cuarzo transparente, unas extrañas construcciones del mismo mineral.

Semejaban columnas con sus capiteles y también había otras manifestaciones geométricas superpuestas que por su simetría y perfección no cabía duda que habían sido hechas por manos desconocidas y no por la naturaleza misma.

Al fondo caía una cascada de agua desde gran altura. Ésta llegaba a una monumental fuente, similar a una concha transparente de ostión. De sus bordes festoneados salían sonoros chorros de agua purísima que corrían por fuentes secundarias y canales que se perdían en las columnas y en las raras formaciones arquitectónicas de los costados.

Me acerqué a la fuente y bebí de sus aguas. Ésta era fría, exquisita e inmediatamente me refrescó apagándome tanto la sed como el cansancio y sentí una gran felicidad.

El Sol quemaba fuerte, había llegado al cenit; entonces sentí una suave vibración. Todo a mi alrededor vibraba, luego esa vibración cambió a un sutil murmullo y posteriormente se transformó en un sonido. Era una sola nota musical que me pareció ser un do, que fue ascendiendo en la escala y en intensidad. Gradualmente ese sonido llegó a la nota sol. No había un foco sonoro sino que cada partícula a mi alrededor cantaba al unísono.

La nota sol era intensa y hacía vibrar mi piel y todo mi ser. De pronto cesó súbitamente y apareció ante mí una imagen difusa en la cascada de agua. Me impresionó como un ser humano de unos tres

metros de estatura. Visualicé sus largos cabellos y su túnica, ésta era tan blanca como su rostro y su cabellera. Parecía sonreír y me dirigió una mirada de bondad que quitó el miedo que me invadía en esos instantes. Luego me habló telepáticamente y yo comprendí su mensaje a pesar de que no emitía palabra alguna. Solamente se oía el suave sonido de la cascada, y dijo lo siguiente: Éramos una raza superior. No bebíamos alcohol ni recibíamos drogas para disminuir las tensiones. Nuestros hijos eran cada vez más inteligentes y todos sus talentos los empleaban en perfeccionar la tecnología y las diversas creaciones en toda índole de cosas. Fue tal el avance de nuestra raza que, en pocos siglos llegamos a las estrellas y poblamos algunas de ellas; pero no nos bastó eso, nuestra sed de perfección nos llevó a inventar maravillosas fórmulas, procedimientos y máquinas que nos ahorró todo tipo de trabajo y también eliminamos las fuerzas que podrían destruirnos. Vencimos las enfermedades y además terminamos con toda clase de accidentes. El dinero, el comercio e incluso la escritura no fueron necesarios. Pudimos resucitar a los muertos y nos hicimos inmortales. El sexo no era indispensable porque nos reproducíamos por clonación, perdimos nuestras diferenciaciones sexuales y ya la herencia con sus caracteres genéticos, no se justificaba. Mantuvimos un número definido de inmortales sin necesidad de nuevos nacimientos. Estábamos plenamente satisfechos y no ambicionábamos más;

DOS PUENTES ENTRE TRES ISLAS

pero tanta felicidad nos aburrió y añoramos los tiempos pasados en los cuales tenía sentido el placer de vivir, de lograr una meta, de enfermarnos y mejorarnos, luchar por algo o por alguien, de enamorarse y tener hijos, en fin, todos los agrados y penurias de la lucha por la existencia.

Fue una advertencia, y también llegó un aviso del cielo.

¿Has visto alguna vez un atardecer con un sol blanco, brillante? No hay ni un asomo de rojo, naranja, amarillo o dorado. Pues bien, en un atardecer similar se escondió el Sol como un resplandeciente disco de plata y el cielo se tiñó de gris, un gris perla muy hermoso, y empezaron a salir las estrellas, eran estrellas de color negro pero refulgían con un brillo especial.

Observamos una infinidad de puntos negros en la bóveda del cielo gris, y entonces, desde lo más distante del firmamento apareció un cometa que cruzó lentamente el cielo con una larga cola también negra. Era hermoso contemplar todo esto y también muy raro de ver.

Nosotros estábamos alarmados, y presumimos que se trataba de un cometa pesimista que anunciaba cosas nefastas. Preparamos nuestras armas y las disparamos haciendo que certeros proyectiles impactaran al cometa. Estalló en millones de pequeños fragmentos que cayeron sobre nosotros, pero esta vez eran corpúsculos de una brillantez esplendorosa, magnífica. Bajaron sobre nuestra isla y estas finísimas partículas encantadoras nos llenaron de optimismo y

alegría. Así permanecemos por muchos años, dichosos, plenos de gozo. Desde ese día histórico nos cambió el modo de sentir la vida. Reconocimos cómo manejar nuestras máquinas y recordamos todas las fórmulas que estaban olvidadas. Habíamos retrocedido a tiempos pasados.

Enterramos nuestros muertos bajo el suelo de cristal y en urnas de cuarzo.

-Me pareció haberlos divisado en las profundidades de la superficie de cristal antes de llegar a la cascada.-respondí. Estoy asombrado. Qué extraordinaria debió ser vuestra tecnología para poder llegar en pocos siglos a otros planetas y lograr armas que fueran capaces de destruir un cometa en el cielo.

Nuestra inteligencia no tenía barreras, respondió la imagen, y nuevamente escogimos el camino extremo de la perfección tratando de llegar al Todopoderoso mediante nuestra ciencia, pero en ese ambicioso caminar nuevamente olvidamos el mecanismo y la función íntima de nuestras sofisticadas máquinas.

-Comprendo- interrumpí- es lo que me pasaría a mí si se me echara a perder mi computador o si tratara de arreglar el motor de mi automóvil último modelo. Lo sé conducir pero desconozco cómo funciona y un desperfecto en esos mecanismos me sería imposible de solucionar con mis actuales conocimientos.

El ser de la cascada sonrió. Tus ejemplos son muy simples,

pero son buenos ejemplos.

-Llegamos nuevamente al final de nuestro camino sin poder volver atrás. Esperamos que algún día, en los tiempos venideros alguien sea capaz de resucitar a nuestros antepasados que descansan en esta isla y ellos puedan enseñarnos las técnicas que dominaban y que nosotros olvidamos, para así revertir el presente y volver al pasado.

-Esa es la razón del por qué hemos convertido a la isla de nuestros antecesores en un santuario y yo permanezco aquí para que nadie la destruya.

Después de esto la imagen se desvaneció entre los suaves chorros de la cascada.

Permanecí en silencio largo rato frente a ese maravilloso escenario y luego me alejé caminando en silencio, impresionado y triste ante tan extraño relato.

Recorrí ese día la isla y pude comprobar lo que me había dicho la imagen de la cascada. En las profundidades del cuarzo y en grandes rocas silíceas vi imágenes inmóviles de seres humanos. Algunos acostados, otros de pie sumergidos en la roca transparente. Parecían dormir; más bien parecían estatuas de santos de iglesias con sus rostros plenos de bondad y sabiduría, con frentes amplias y largas cabelleras. Vestían llamativos ropajes de hermosos coloridos y algunos portaban en sus manos algo parecido a cetros u otros raros



DOS PUENTES ENTRE TRES ISLAS

utensilios de difícil interpretación. Todos estaban con los ojos abiertos. Más bien parecían estatuas de cera o personajes de un extraño cuento en el que empezarían a cobrar vida y a moverse al ser tocados por la varita mágica de un hada.

Recorrí con cierto dejo de melancolía todo ese paisaje y después de atravesar la isla de norte a sur me encontré con la base del otro puente que unía esta isla de los muertos con la tercera.

Sin vacilar inicié el ascenso del puente que era similar al otro y, después de bastante esfuerzo, alcancé la cima del arco y comencé de inmediato el descenso.

La bajada era más resbaladiza que la anterior y a pesar de bajar con gran cautela, afirmado con las dos manos en la baranda, mis pies no me respondieron y dando un grito mi cuerpo se deslizó hacia abajo adquiriendo cada vez más velocidad.

En fracciones de segundo me di cuenta de que iba a morir. Recuerdo que levanté el cuello, y tratando de mitigar el golpe me cubrí la cabeza con ambos brazos.

Bajé con gran rapidez, como un trineo en un canal de nieve, pero al final, en lugar de aumentar mi velocidad ésta empezó a disminuir porque al término del arco, su estructura se aplanaba y, aún más, se levantaba levemente en un largo trayecto que iba a terminar en una estupenda laguna escondida entre las rocas. A pesar de ello acuaticé violentamente. Mi cuerpo rebotó en la superficie

varios metros y luego se sumergió en las cristalinas aguas.

No podía creer que estaba vivo y sin daño alguno. Probablemente el traje protector del kayak me había evitado magulladuras y otros golpes, además, por estar mojado con el agua de la cascada había permitido que me deslizara con facilidad por la superficie pulida del puente de cuarzo. Nadé desesperadamente hacia la superficie para respirar y grande fue mi emoción al encontrarme rodeado de cinco hermosas mujeres que aparecieron entre las rocas de unas pequeñas playas que circundaban la laguna.

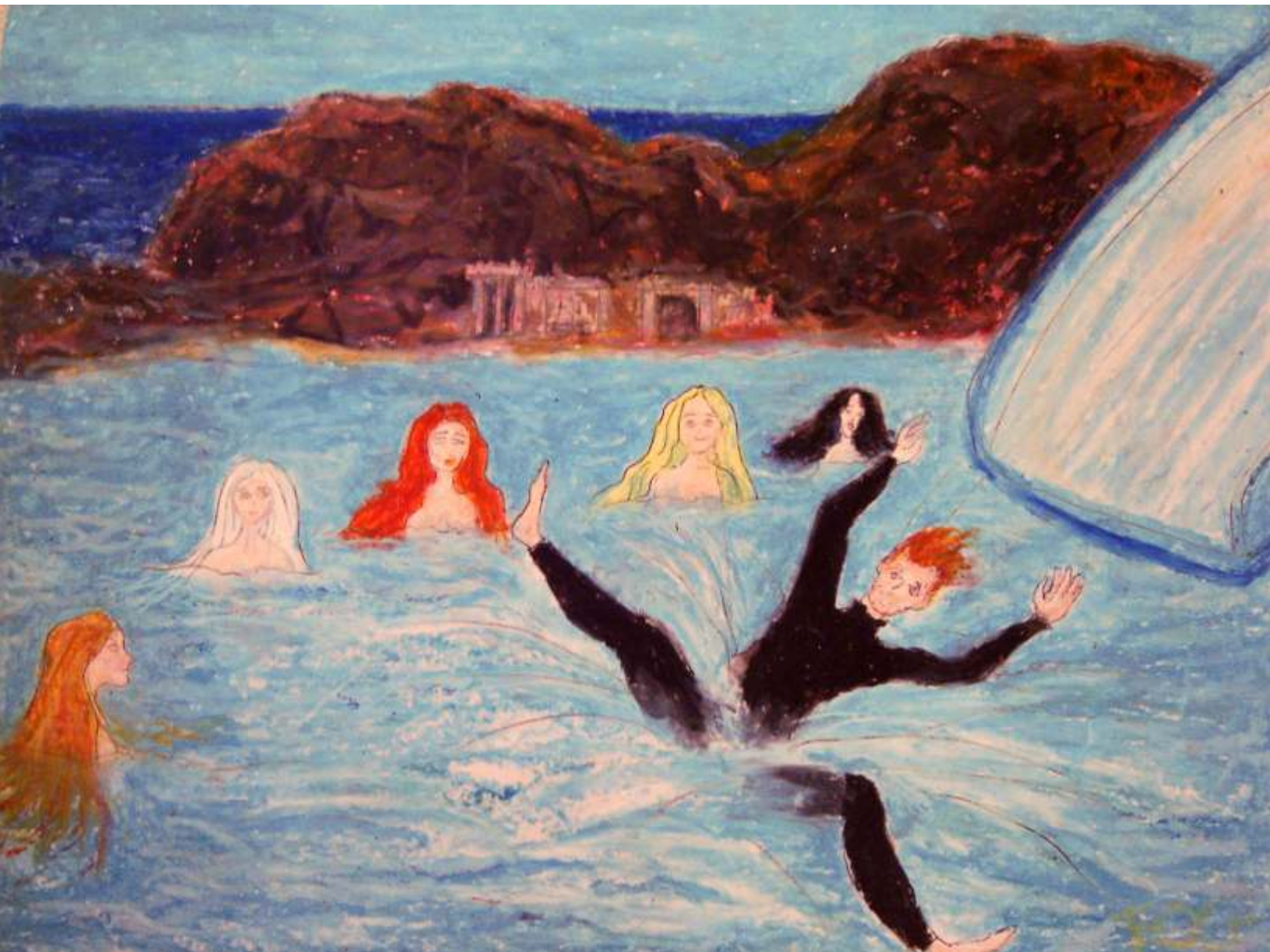
Llegaron presurosas donde yo estaba y me ayudaron a salir del agua. Nadaban con gran destreza y estaban completamente desnudas. Reían entre ellas y no emitían palabra alguna.

Descansé en la playa y una vez que se me pasó el susto de la vertiginosa caída, les expuse mi reciente emoción. Luego les pregunté si vivían en esta isla y pedí excusas por haber llegado inoportunamente cuando se estaban bañando. Ellas nuevamente se pusieron a reír sin decir palabra.

Al parecer vivían cerca de ahí porque divisé unos atrios esculpidos en la roca y unas entradas o túneles que penetraban al interior de la pared silíceo.

Eran hermosas, bellísimas, cada una en su propio tipo y colorido. Sus ojos siempre sonrientes y de mirada llameante me hipnotizaban desde diferentes ángulos y distancias. Yo las seguía

DOS PUENTES ENTRE TRES ISLAS



adonde fueran; no podía dejar de estar junto a ellas. En las playas, cuando se bañaban entre las rocas, me llamó una vez más la atención la admirable destreza que tenían para nadar y desplazarse debajo del agua a gran velocidad con las piernas juntas y los pies flexionados en ángulo hacia los lados. Su velocidad era tal que parecían peces o lobos marinos y sus largas cabelleras que llegaban casi hasta los tobillos, brillaban al sol con sus colores rubios, bermejos, negros como ala de cuervo, castaños como la miel y platinados. Este último color se confundía con las cristalinas rocas de cuarzo.

Sus risas. ¡Oh, sus risas! Parecían trinos o gorjeos de aves encantadoras. No podía resistirlas y yo reía también de felicidad, de alegría, de estar junto a ellas.

Salían chorreando agua hacia la arena seca con sus cuerpos semicubiertos por sus largas cabelleras. Se tendían al sol y cantaban raras canciones, éstas eran tan melodiosas y suaves que llegaban a lo más profundo de mi alma. Eran voces maravillosas, de diferentes timbres, que me hacían soñar despierto hasta quedarme dormido. Despertaba feliz, rodeado de todas ellas que reían al desperezarme y luego me acariciaban y me besaban con ternura como si fuera un niño. Sonreían y musitaban palabras de un idioma desconocido. Sus ojos dulces, plenos de cariño y de amor, me hipnotizaban hasta llegar al más exquisito de los éxtasis. Pareciera que su única finalidad en la vida era la de amarme y complacerme con sus

DOS PUENTES ENTRE TRES ISLAS

misteriosos cantos y caricias.

En las mañanas llegaban a arrullarme, a besarme, a acariciarme y traían pequeños jarros finamente adornados que contenían un líquido de aspecto lechoso, aguado y algo dulzón, y me lo daban a beber acariciándome el rostro y besándome en la frente entre las dos cejas cuando vaciaba el contenido.

La extraña y mágica bebida me daba una gran energía, pero lo que más me daba era un incondicional amor hacia ellas. Era un amor que crecía día a día y era tan intenso que no podía pensar en otra cosa que en complacerlas. Mi vida era para ellas y moriría sin vacilación si me lo pidieran. El futuro ya no existía para mí, ni menos el pasado.

Cuando atardecía, se ponían a cantar en la playa. Eran canciones sin palabras. Me miraban tiernamente y sonreían con sus dientes blancos, perfectos y sus ojos dulces de pupilas fascinantes, me enviaban mensajes que llegaban al fondo de mi corazón.

Cuando anochecía traían jarras de cuarzo que contenían un líquido de color ámbar y espumante con un fino olorcillo a algas marinas. Me lo daban a beber, pero no tenía gusto a cerveza, me quemaba las entrañas y me daba más sed y pedía más, más, más...

Y así pasaron los días, semanas y meses. El tiempo no tenía importancia para mí.

Llegó un día en que una de ellas dejó de acariciarme y se apartaba del grupo. Extrañado ante su actitud me acerqué para

preguntarle si ya no me amaba, y ella, con su rostro sonriente pero ahora algo triste me confesó, contemplándome con sus hermosos ojos azules, que nunca me había querido tanto como en esos momentos y que de las cinco, ella siempre había sido la que más me había amado y que ahora... esperaba un hijo de mí.

Me sentí sorprendido y consternado, entonces la abracé tiernamente dándole toda mi protección y cariño.

Te amaré siempre -le dije-. Huyamos de aquí, sólo deseo estar junto a ti.

El chamán me visitó una mañana. Traía una canoa remolcada por su balsa de lobos marinos. Era una hermosa canoa hecha también con los cueros de esos animales y en su interior había dos remos.

-He sabido del nacimiento de tu hijo -expresó con alegría- te traigo este obsequio para que viajes al valle de mis antepasados y vivas allí con tu familia.

Sin despedirse, nos dio la espalda, se subió a la balsa y se alejó remando.

Nunca más lo volví a ver.

En un frío amanecer partí con mi mujer y mi hijo rumbo al Continente. Ella no era diestra en el remo, muy pronto se cansaba y también se molestaba por estar sentada en una inadecuada posición; entonces se lanzaba de cabeza a las aguas ¡con su hijo! ¡Era

asombroso!, y lo llevaba tiernamente en sus brazos mientras nadaba con una agilidad impresionante. Se adelantaba varios cientos de metros de la canoa y volvía sin cansancio alguno, a veces con el niño en la espalda aferrado a su larga cabellera o nadando solamente con las piernas con movimientos maravillosamente ondulantes y con el niño abrazado a su pecho.

El bebé, a pesar de ser tan pequeño, soportaba admirablemente bien el agua fría y permanecía largo tiempo debajo del agua hasta tal punto que yo terminaba gritándole alarmado que podía ahogarlo, pero ella reía y me daba a entender que mis miedos eran exagerados.

Después de un buen rato subía a la embarcación y continuaba remando, más bien para complacerme que por otra cosa.

Remamos -mejor dicho- remé todo el día y la canoa era impulsada por grandes olas que viajaban sin reventar rumbo al Continente.

Al atardecer avisté el litoral. Las grandes masas de aguas ondulantes me empujaban casi sin remar a una velocidad creciente hacia los arrecifes rocosos que divisaba a lo lejos.

La incertidumbre y el miedo empezaron a dominarme pero ella permanecía tranquila, sentada en el fondo de la embarcación con el niño en sus brazos. Me miró con sus lindos ojos azules, como el mar y me infundió seguridad.

La canoa se acercaba a esta inhóspita pared de arrecifes donde

estallaban las olas en un escalofriante e inmenso hervor de espuma. Entonces ella se lanzó al agua y empujando la canoa la dirigió hacia un punto donde se divisaba una pequeña playa entre los arrecifes. Luego, subiéndose a medias por el borde de la canoa, que se inclinó peligrosamente, cogió al niño y nadó hacia la playa con gran rapidez como si fuera un pez o un delfín.

Estupefacto, vi que dejaba al niño a salvo en la arena, lejos del agua y me hacía señas para que remara hacia donde ella estaba.

La fuerza del mar era aterradora. Olas inmensas coronadas de furiosa espuma llegaban alrededor mío y estallaban en las rocas vecinas. Estaba ya muy cerca de la playa cuando una ola gigante pasó sobre la canoa, me lanzó al agua y me revolcó entre un torbellino de espuma. Percibí largas algas marinas que seguían la corriente como si fueran látigos ondulantes. A pesar de ser un buen deportista nada podía hacer ante las potentes corrientes de agua que me zarandeaban. Braceé hacia la superficie solamente con la intención de flotar en ese infierno blanco, calculando que las fuerzas de las olas probablemente me lanzarían hacia las rocas. Me sujeté con ambas manos a una de las algas y ellas impidieron que me alejara con la corriente de la resaca pero era tal la fuerza del agua que no pude estar más tiempo agarrado a esas resbalosas algas. Me sentí totalmente desvalido y mi fuerza física, ya debilitada por la larga remada, ahora se había agotado definitivamente. Entonces sentí que

me agarraban fuertemente por el cuello y me arrastraban contra la corriente hacia la playa. En pocos minutos me encontré tambaleante y de pie en la playa con el agua más abajo de las rodillas. Había tragado agua y empecé a toser y ella reía complacida delante de mí con el niño en sus brazos.

-Me has salvado la vida-balbuceé. Caminé torpemente hacia el interior y caí exhausto en la blanda arena.



Ha pasado el tiempo y mi mujer y mis hijos habitamos en el solitario e inmenso valle, limitado hacia el Este por majestuosas montañas.

No nos hemos alejado de la costa, la cual hemos explorado día a día. Hacia el Norte hemos encontrado hermosas y extensas playas. En una de ellas desemboca un río de cristalinas y dulces aguas que nos ha invitado a establecernos en ese lugar.

Los animales salvajes vienen a beber y a visitarnos sin timidez

alguna y se aproximan a nosotros para que los acariciemos.

Mi mujer, no se ha alejado del mar, conocedora de sus beneficios, extrae mariscos y algas de un delicado sabor. Se baña varias veces al día y pesca sabrosos peces. No he podido saber cómo los pesca. Me imagino que los coge con las manos. Éstos son nuestro diario y principal alimento.

Algunas veces llega donde mí, chorreando agua y con algunos pececillos enredados en su larga cabellera.

El fuego lo hemos obtenido al frotar ella un palo seco sobre otro aplanado. Lo hace girar entre sus manos y soplando sobre unas briznas secas de pasto nace el humo y después las llamas.

He tenido la prudencia de no cazar a los mamíferos que nos rodean y conviven con nosotros. Ellos son los animales sagrados en el valle de los antepasados de las tribus del chamán.

En las noches despejadas observo el firmamento, que se muestra como un espectáculo grandioso en estas latitudes.

No he divisado ningún cometa de color negro ni tampoco estrellas de ese color como las vieron los habitantes de la isla de la cascada, que quisieron ser dioses por medio de la ciencia y se quedaron a mitad de camino incrustados en el cuarzo.

A lo lejos contemplo el volcán que divisé cuando volé en otras dimensiones por los efectos de las hierbas del chamán.

Por su cráter sale una columna vertical que se extiende hacia el

DOS PUENTES ENTRE TRES ISLAS

Este como un ondulante velo gris que se pierde en la cadena de montañas azulosas.

-Te vigilo- me dice- no mates ningún animal sagrado porque provocarías mi cólera.

Mi hermosa mujer duerme a mi lado junto a sus hijos. Su larga cabellera cubre su cuerpo desnudo. ¡Cuánto la amo!, la he amado siempre desde que la vi por primera vez en la laguna cuando caí desde el puente.

En su sueño se ha sentido observada y ha abierto sus lindos y fascinantes ojos color de mar. Me ha sonreído y sus labios entreabiertos han dejado ver sus dientes perfectos.

En realidad, es hermoso, exquisitamente bello, el rostro de mi sirena...

Fin

Otros títulos en esta colección

- 01 El sol con imagen de cacahuete
- 02 El valle de los elfos de Tolkien
- 03 El palacio
- 04 El mago del amanecer y el atardecer
- 05 Dionysia
- 06 El columpio
- 07 La trapecista del circo pobre
- 08 El ascensor
- 09 La montaña rusa
- 10 La foresta encantada
- 11 El Mágico
- 12 Eugenia la Fata
- 13 Arte y belleza de alma
- 14 Ocho patas
- 15 Esculapis
- 16 El reino de los espíritus niños
- 17 El día en que el señor diablo cambio el atardecer por el amanecer
- 18 El mimetista críptico
- 19 El monedero, el paraguas y las gafas mágicas de don Estenio
- 20 La puerta entreabierta
- 21 La alegría de vivir
- 22 Los ángeles de Tongoy
- 23 La perla del cielo
- 24 El cisne
- 25 La princesa Mixtura
- 26 El ángel y el gato
- 27 El invernadero de la tía Elsira
- 28 El dragón
- 29 Navegando en el Fritz
- 30 La mano de Dios
- 31 Virosis
- 32 El rey Coco
- 33 La Posada del Camahueto
- 34 La finaíta
- 35 La gruta de los ángeles
- 36 La quebrada mágica
- 37 El ojo del ángel en el pino y la vieja cocina
- 38 La pompa de jabón
- 39 El monje
- 40 Magda Utopia
- 41 El juglar
- 42 El sillón
- 43 El gorro de lana del hada Melinka
- 44 Las hojas de oro
- 45 Alegre Vivache
- 46 El hada Zudelinda, la de los zapatos blancos
- 47 Belinda y las multicolores aves del árbol del destino
- 48 Dos puentes entre tres islas
- 49 Las zapatillas mágicas
- 50 El brujo arriba del tejado y las telas de una cebolla
- 51 Pituco y el Palacio del tiempo

CUENTOS PARA ENTRETENER EL ALMA

- 52 Neogénesis
- 53 Una luz entre las raíces
- 54 Recóndita armonía
- 55 Roxana y los gansos azules
- 56 El aerolito
- 57 Uldarico
- 58 Citólisis
- 59 El pozo
- 60 El sapo
- 61 Extraño aterrizaje
- 62 La nube
- 63 Landrú
- 64 Los habitantes de la tierra
- 65 Alfa, Beta y Gama
- 66 Angélica
- 67 Angélica II
- 68 El geniecillo Din
- 69 El pajarillo
- 70 La gallina y el cisne de cuello negro
- 71 El baúl de la tía Chepa
- 72 Chatarra espacial
- 73 Pasado, presente y futuro mezclados en una historia policroma dentro de un frasco de gomina
- 74 Esperamos sus órdenes General
- 75 Los zapatos de Fortunata
- 76 El organillero, la caja mágica y los poemas de Li Po
- 77 El barrio de los artistas
- 78 La lámpara de la bisabuela
- 79 Las hadas del papel del cuarto verde
- 80 El Etéreo
- 81 El vendedor de tarjetas de navidad
- 82 El congreso de totems
- 83 Historia de un sapo de cuatro ojos
- 84 La rosa blanca
- 85 Las piedras preciosas
- 86 El mensaje de Moisés
- 87 La bicicleta
- 88 El maravilloso viaje de Ferdinando
- 89 La prisión transparente
- 90 El espárrago de oro de Rigoberto Alvarado
- 91 El insectario
- 92 La gruta de la suprema armonía
- 93 El Castillo del Desván Inclinado
- 94 El Teatro
- 95 Las galletas de ocho puntas
- 96 La prisión de Nina
- 97 Una clase de Anatomía
- 98 Consuelo
- 99 Purezza
- 100 La Bruja del Mediodía
- 101 Un soldado a la aventura



 creative
commons



Atribución - NoComercial - SinDerivadas 2.0

Unless otherwise specified,
all content is made available
under the Creative Commons License.

Inscripción Registro de Propiedad Intelectual N° 37100. Chile.
© Fernando Olavarría Gabler.